



La pandemia:

Relatos de un amanecer

(narración en tres tiempos)

Camilo Vargas Walteros

La pandemia

Relatos de un amanecer

(narración en tres tiempos)

CAMILO VARGAS WALTEROS

© 2020, Camilo Vargas Walteros.
© 2020, Andrés Felipe Zamorano, por el diseño de portada
Editado por Camilo Vargas Walteros

Licencia: Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0

Esta licencia sólo permite que otros puedan descargar obras y compartirlas con otras personas, siempre que se reconozca su autoría, pero no se pueden cambiar de ninguna manera ni se pueden utilizar comercialmente.

Primera edición: 2020.

<https://milecoscom.wordpress.com/>

camilovawa@gmail.com

Esta obra fue realizada artesanalmente. Escrita a mano y papel.

Posteriormente digitalizada y corregida en un procesador de texto.

A mi madre

Esta página se dejó intencionalmente en blanco

Prólogo

Durante el siglo XIV la humanidad experimentó la pandemia con mayor letalidad de su Historia. Mongolia y China fueron testigos de los primeros brotes de peste negra. Las manchas oscuras en el cuerpo eran tan aterradoras como la pérdida de un ser querido.

La plaga se transmitió a través de las vías comerciales terrestres como la ruta de la seda. Las guerras entre Asia y Europa reforzaron la propagación cuando al emplear catapultas, se lanzaban cadáveres infectados a las ciudades sitiadas. Motivados por el miedo y la preservación, varios pobladores migraron en barcos con el fin de alejarse del conflicto. En ese proceso buena parte de las fronteras y el transporte marítimo fueron restringidos.

Aproximadamente la tercera parte de la población europea falleció al igual que gran parte de los habitantes de Asia y África (50 millones). Como todo evento traumático se buscaron explicaciones, por ejemplo, la conducta de las personas que desafiaban las leyes de Dios, las fisuras producidas por los terremotos que dejaban salir gases del inframundo, el mirar fijamente a un individuo, entre otras explicaciones que ahora nos parecen descabelladas, pero en esa época tenían

validez. Igualmente fueron diseñadas soluciones que carecían de fundamento como tomar escritos bíblicos en vino.

La epidemia condujo a una serie de modificaciones en la distribución de la riqueza que a su vez transformó las relaciones sociales. El feudalismo como institución se fragmentó cuando los siervos se desplazaron del campo a las ciudades, y si a esto le sumamos la reducción poblacional, los salarios de los trabajadores agrícolas aumentaron como consecuencia de la escasez de mano de obra. Más adelante se modificaría el pensamiento colectivo hacia algo más centrado en lo humano y menos en lo divino, el renacimiento.

Producto de análisis más detallados ahora comprendemos los orígenes de esa pandemia. En un principio los cambios climáticos y en concreto, la disminución de la temperatura, destruyeron las cosechas y al tener menores aportes nutricionales, los sistemas inmunes de las personas tuvieron menor capacidad de respuesta. Adicionalmente las fluctuaciones en el clima redujeron las poblaciones de roedores, con lo cual las pulgas portadoras de la bacteria, buscaron otros huéspedes, entre ellos animales domésticos y seres humanos. Los bares, restaurantes y barcos eran sitios predilectos de propagación.

Las lecciones y aprendizajes de hace 700 años deben recordarse para no cometer los mismos errores, y más aún cuando creemos que en los inicios del siglo XXI tenemos un nivel de inteligencia y conocimiento que sobrepasa cualquier periodo. La Historia es nuestra gran maestra y nos muestra patrones que se repiten, pero nos permite reconocer lo valioso de cada situación. El Covid-19 no tiene los niveles de letalidad de la peste negra, si bien nos han hecho creer que es la peor desgracia de la humanidad. A diferencia de la peste negra, el coronavirus

no genera brotes y manchas en la piel, y en ese sentido algunos síntomas pasan inadvertidos o se confunden con otras enfermedades. La pandemia actual al igual que la peste negra tuvo sus orígenes en China. De la misma manera se restringieron los flujos comerciales y el tránsito de personas, aunque en ambos casos no se detuvo su propagación, en el caso del Covid-19 la velocidad de expansión fue mucho mayor (el Coronavirus tardó 4 meses en recorrer los continentes mientras que la peste negra lo hizo 4 años). Al igual que en esa época, ¿Cometeremos los mismos errores por formular explicaciones y soluciones de forma apresurada sin medir las consecuencias de largo plazo?

El punto anterior es importante, las creencias y verdades absolutas también estaban presentes en esos tiempos, y por más que en la actualidad creemos que la ciencia y los gobiernos nos muestran una visión objetiva, en realidad todos manejamos perspectivas diferentes, sencillamente porque ahora se tienen incentivos económicos y políticos en búsqueda del interés propio a costa del bienestar colectivo, por ejemplo, podemos presentar el informe científico que más se ajuste a nuestros intereses y tener amnesia selectiva frente a otros estudios que desafían nuestra verdad, y en casos más graves, atacamos las verdades que no logramos comprender.

Vivimos en una época de pandemias simultáneas. Epidemias que se manifiestan en múltiples facetas de nuestras vidas, contagio masivo de comida industrial, alimentos modificados genéticamente, fármacos milagrosos, algoritmos “inteligentes”, tsunamis de información tecnológica, excesos de dinero y deuda, y un virus nos vino a recordar que en cierta forma queremos propagarnos por encima de la vida del planeta, sin ser conscientes que como humanidad tan solo

somos un engranaje más en esta maquinaria hermosa y compleja que es nuestro planeta.

Antes de continuar es importante aclarar que el siguiente relato es una opinión sesgada de la realidad y en ese sentido debe ser contrastada con otras fuentes de información junto con la experiencia personal. No soy un experto en muchos temas que se van a tratar más adelante, pero eso no invalida la curiosidad y búsqueda de un mayor conocimiento por parte de un individuo medianamente informado.

Relatos de un amanecer

El jueves 12 de marzo de 2020 recibí un correo electrónico. La Universidad comunicaba la suspensión de las actividades académicas. Mencionaban que a partir de la próxima semana las clases se realizarían de forma remota. En ese momento no me imaginaba como iba a cambiar mi vida a partir de ese instante.

Había impreso un centenar de exámenes y al enterarme del traslado a clases virtuales, me preguntaba cómo iba a evaluar a los estudiantes. Debía pensar con rapidez toda vez que ese viernes podría ser la última vez que los vería en el salón.

Lentamente me fui enterando de una nueva calamidad que afectaba a toda la humanidad. Resulta que, a finales del 2019, un virus denominado “Covid-19” se había propagado desde China a una velocidad sin precedentes. Este tipo de enfermedades no eran nuevas, y se presentaban cuando un virus conseguía pasar la barrera biológica entre especies, como es el caso de la transmisión de murciélagos a humanos.

El viernes de la siguiente semana se declararía la “calamidad pública” y por medio de la cual las leyes daban el poder a la alcaldesa para suspender aglomeraciones, actividades económicas y restringir la movilidad de los

ciudadanos. Estos super poderes se extendían hasta que el mismo gobernante decretara la situación de “normalidad”.

Ese fin de semana me quede a dormir en el apartamento de mi madre. En ese lugar había vivido los primeros años de la infancia. Tenía un espacio gigante donde los vehículos se estacionaban y los niños realizaban sus juegos. Dentro de la vivienda también se encontraba mi hermano, mi padre y nuestra mascota, Macarena, quién había aterrizado en nuestras vidas desde agosto del año anterior.

En esos días las calles estaban desoladas, simulando un pueblo del lejano oeste. No se escuchaba ningún ruido. No lejos de ese lugar, los animales comenzaban a tomar confianza y explorar espacios que antes habían sido de uso exclusivo de los humanos. En esos días se comentaba las aventuras de zorros dentro de la ciudad.

La aparente libertad de los animales contrastaba con las restricciones de los habitantes. La recomendación general era emplear una mascarilla que cubriera no solo la boca sino la nariz. Era una protección de doble vía, en teoría no entraba el virus a las vías respiratorias y en caso de estar enfermo, se evitaba contagiar a otra persona. Cuando me colocaba el tapabocas y después de caminar durante un buen rato, me daba un gran mareo y me preguntaba hasta qué punto estaba aspirando mi propio dióxido de carbono.

Adicional al uso obligatorio de mascarillas se limitó la movilidad ciudadana. En varias ciudades se decretó el aislamiento preventivo mediante cuarentenas, las cuales permitían salir de la vivienda en días específicos con el fin de evitar aglomeraciones y una mayor propagación del virus. En el caso de Bogotá, inicialmente se autorizó la salida de una persona por hogar para compra de alimentos y medicamentos. Recuerdo como una vez me aplicaron el control de

temperatura en la entrada de un proveedor de comida, registré 33 grados centígrados lo cual era un absurdo y mostraba el uso inadecuado de una herramienta industrial. En cuanto al desplazamiento, el último dígito del número de identificación o el sexo del individuo daban luz verde para transitar.

El transporte mediante automóvil privado fue limitado entre localidades. Los policías custodiaban las principales autopistas en puntos estratégicos. Esta norma fue complementada con la prohibición de salir de la ciudad, políticas que fueron puestas a prueba cuando los fines de semana con días festivos, las familias se trasladaban por rutas que no estaban vigiladas por la policía, pero para su sorpresa, los infractores fueron detectados en los nuevos caminos.

La implementación del uso permanente de mascarillas, el control de temperatura y las restricciones en la movilidad también evidenciaron la inconsistencia profesional de quienes lideraban esas políticas. En el caso de Bogotá, la alcaldesa fue descubierta incumpliendo la misma norma que había anunciado (salió con su conyugue a comprar alimentos cuando solo se permitía el desplazamiento de una persona). En casos más delicados, el Director General de la Organización Mundial de la Salud (OMS) quien daba instrucciones a todo un planeta, habría sido responsable directa o indirectamente de homicidios en su país natal (Etiopía) al no informar oportunamente las epidemias de cólera. Igualmente se le acusa de retrasar la alerta mundial del virus y su rápida propagación.

Aunque se intentó homogenizar las políticas de salud, en algunos casos el comportamiento entre regiones fue heterogéneo y en otros casos el malestar ciudadano reversó algunas medidas. En Colombia, la “rebelión de las canas” representó un movimiento liderado por adultos mayores de 70 años, bajo el cual

mediante acción de tutela, se dio por terminada las fuertes restricciones de movilidad que eran impuestas sobre este grupo poblacional. En un nivel más agregado, pocos países escogieron un camino diferente el establecido y por esta razón casos excepcionales como Suecia, revelaron como una política de cero restricciones en un comienzo condujo a picos en los casos registrados, pese a que más adelante y por el concepto de inmunidad colectiva, los casos en ese país disminuyeron en forma sistemática (más adelante se desarrollarían rebrotes aunque de menor intensidad).

La diversidad de medidas en la contención del virus contrastaba con la propagación generalizada del miedo. Cuando leí un poco de Microbiología me enteré que somos una colección de virus y bacterias, y dentro del cual los nativos del lugar, los glóbulos rojos y blancos, representaban una parte insignificante dentro del zoológico que reside en nuestro cuerpo. Al parecer habíamos olvidado que más que evitar la pandemia, la vida nos estaba invitando a realizar un proceso de introspección.

Esa mirada interna la había desarrollado cuando afronté dificultades y especialmente la última vez, cuando la alergia se había salido de control. Hace tres años me salieron brotes por toda la piel. Para solucionar el problema me aplique antialérgicos y corticoides, los cuales desaparecían los síntomas, pero no corregían la causa de la enfermedad. Después de 6 meses de dolor y con la ayuda de un médico (que de verdad se preocupaba por mí proceso de sanación), descubrí que la cura estaba en mi alimentación. Paso a paso renuncie a la comida industrial, más bonita y sabrosa que los regalos que nos ofrece la naturaleza, las frutas y

verduras (a pesar de este cambio reconozco que muy de vez en cuando me como un delicioso postre).

La sustitución de comida industrial por alimentos naturales se sustenta en nuestros tatarabuelos, los cazadores recolectores. Ellos tenían una dieta variada, no eran propensos a sufrir epidemias y no enfrentaban hambrunas porque al no depender de la agricultura, los eventos climatológicos como las heladas, incendios o sequías, no afectaban la disponibilidad de nutrientes. En última instancia sus sistemas inmunes se fortalecían como consecuencia de consumir diversidad de alimentos y exponerse a diferentes ecosistemas, virus y bacterias.

Desde la experiencia con la alergia no volví a consumir ningún medicamento y en ese proceso, comencé a dar importancia a expresar las emociones, valorar las relaciones sociales genuinas, evitar pensamientos negativos, consolidar el proceso de escritura, realizar una oración con el corazón, valorar la historia personal junto con las soluciones únicas e irrepetibles a mis problemas, respetar los procesos de sanación del cuerpo, los cuales dependían de un delicado equilibrio entre los diferentes aspectos de la vida.

La confianza que depositaba en el sistema inmune era puesta en tela de juicio cuando los medios de comunicación anunciaban las cifras de muertos y vendían sus noticias en miles de creyentes. Esa información influenciaba el comportamiento de los demás, algunos rezaban y pedían a un ser superior para que los protegiera de esta nueva amenaza, otros salían con trajes de astronauta, otros iban caminando sin mascarilla; todas eran las diferentes expresiones del miedo. Desde mi punto de vista no se trataba de negar la realidad, pero no era necesario sobre dimensionarla.

Al observar los datos transmitidos por los medios de comunicación hice consciencia de que la forma en cómo se presentaban los números podía maximizar o minimizar el impacto del Covid-19. Si las cifras se presentaban en términos absolutos, el virus solo era superado por una gripa común en relación al número de infectados, aunque al considerar el porcentaje de letalidad, es decir, la división de las muertes generadas por el virus como proporción de los infectados, me di cuenta que otras enfermedades modernas como el SARS o el MERS superaban con creces la tasa de mortalidad del Coronavirus.

A pesar de que la respuesta frente a la pandemia fue aproximadamente homogénea; sus resultados fueron bastante desiguales. Parte de estas diferencias dependían de la calidad de la información; a veces no se reportaban todos los casos, algunas personas que se catalogaban con Covid-19 en realidad no tenían la enfermedad, los gobiernos pagaban más dinero a los centros de salud que clasificaban a sus pacientes como portadores del virus, o las pruebas genéticas que lo detectaban reflejaban otras condiciones de salud (errores genéticos, acidez de la sangre, exosomas, entre otros).

Las discrepancias entre países no solo se encontraban en las estadísticas del virus. Los países en vías de desarrollo colocaron a prueba sus sistemas de salud y se dieron cuenta de los pocos recursos que dedicaban a la infraestructura hospitalaria sumado al sacrificio de su personal médico, no en vano las personas aplaudían a sus salvadores desde la cárcel de sus hogares. La variabilidad en los resultados contra el virus generaba grandes contrastes en los países con bajos ingresos por habitante, mientras Nigeria redujo sus fallecidos de forma sistemática, la India ocupaba los primeros puestos a nivel mundial. A pesar de lo

anterior los sistemas de salud que eran considerados ejemplos a nivel mundial, se vieron sobrepasados en algunos casos como España, Francia e Italia en comparación a la mejor gestión de Corea del Sur y Japón.

El año anterior a la pandemia (2019) los pueblos comenzaron a expresar su inconformismo hacia sus líderes políticos, pero desafortunadamente para ellos y para fortuna de sus gobernantes, el virus cambió las reglas de juego, y las marchas multitudinarias que reclamaban derechos ciudadanos habían desaparecido por completo (todo con el fin de evitar una mayor propagación y evitar el colapso de los sistemas de salud). En el caso de la ciudad en la cual resido (Bogotá), quede sorprendido con la respuesta de policías y militares, a veces parecía que estuvieran enfrentando una guerra civil contra personas que no tenían los medios para defenderse, en otros casos patrullaban las calles como si cada individuo fuera un criminal en potencia (y más si no llevaba tapabocas).

El malestar ciudadano fue focalizado y transformado por los medios de comunicación y las redes sociales al promover la polarización ciudadana. Se defendían causas que ya se habían sacado a la luz hace tiempo como el movimiento “Black Lives Matter”. Esa tendencia omitió importantes hechos históricos como la abolición de la esclavitud junto con los discursos de Martin Luther King. Era una sociedad que tomaba como suya banderas que no eran de su nación. Eran clientes de la información, con la misma velocidad con la que se enamoraban de cualquier tema, con igual rapidez lo olvidaban. Los algoritmos inteligentes con el objetivo de producir un mayor consumo de datos, mostraban una única realidad ajustada a las preferencias de sus usuarios. No se permitían

debates o puntos intermedios, se dogmatizaba cualquier tema, incluso en las ciencias de la salud.

Los algoritmos inteligentes, de acuerdo a las instrucciones de sus creadores, cancelaban o bloqueaban cuentas de usuarios que cargaban videos donde se manifestaba una posición contraria a la divulgada por los medios de comunicación, y especialmente de la Organización Mundial de la Salud (OMS). En concreto, quienes negaban la existencia del virus o proponían soluciones alternativas a través de medicamentos naturales, veían como sus mensajes desaparecían sin dejar rastro y sus ideas eran clasificadas como absurdas o ridículas. Me pregunto hasta cuando el Internet va a permitir la libertad de expresión, no solo por la cuarentena de ideas que nos hace vivir en una burbuja ideológica sino por sus efectos secundarios. Cuando no podemos exponernos a ideas contrarias de la versión oficial no desarrollamos la capacidad de discernir entre aquello que nos acerca a nuestra verdad frente aquello que nos desvía.

Las verdades absolutas del celular las contrastaba con mis verdades y más aún al estar más tiempo dentro de casa. Antes percibía a los estudiantes de forma presencial, veía sus rostros, su alegría, su tristeza, su miedo, su paz; ahora los observaba a través de un computador, si bien las cámaras se podían encender de forma discrecional, en realidad solo escuchaba y distinguía bits de datos. De igual forma ocurría cuando caminaba por la calle y me era imposible diferenciar una sonrisa de una cara de apatía.

Ese camino hacia el mundo virtual, me ahorró largos recorridos a la Universidad además de alejar los firmes y aromáticos abrazos del transporte público (y de paso redujo mis dolores de rodilla). El costo de ese cambio lo asumí

en los mayores esfuerzos que debía realizar en diferenciar cual espacio era para trabajar y cual era mi hogar. En las viviendas de mayor tamaño, en el mismo espacio y tiempo se compartían las alegrías y preocupaciones de los más jóvenes con el resto de la familia.

Otros costos los aceptamos en la pérdida de empleos, la destrucción de empresas y la búsqueda de comida. El turismo internacional junto con los eventos de presencialidad masiva como discotecas, estadios, gimnasios, cinemas, iglesias y el transporte masivo se fueron a la baja. Algunas de estas actividades fueron transmitidas exclusivamente de forma digital, pero en todo caso no era lo mismo sentir y ser parte de una multitud que tener un asiento virtual en primera fila. Si bien los gobernantes no lo reconocían, la Economía se encontraba en cuidados intensivos mucho antes de la pandemia.

Esa Economía de mentiras consistía en el dinero que los Bancos Centrales regalaban de forma indiscriminada al sistema financiero, permitiendo que los banqueros pudieran ir al mercado accionario y apostar en la ruleta. Los gobiernos ayudaban a sus ciudadanos endeudándolos mediante una mayor emisión de deuda pública, especialmente en los países desarrollados. Tanto el Estado como el sector financiero se beneficiaban en doble vía, el incremento en el endeudamiento gubernamental era costado por las pensiones de los trabajadores y la complicidad de los fondos que administraban esos recursos.

El virus también nos mostró la desconexión con la naturaleza. Antes adquiríamos cosas por el simple hecho de comprar, varios televisores, casas, automóviles, parejas, tarjetas de crédito. No nos deteníamos. No teníamos tiempo. No éramos conscientes de los demás seres vivos. Comenzamos a tener

más tiempo en familia y esto produjo dos efectos, se consolidaban o finalizaban las relaciones sociales. Paradojas que se materializaban en casos concretos, por ejemplo, el menor uso de vehículos permitió reducir los niveles de contaminación, aunque las mascarillas evitaban respirar ese aire más puro. Por otro lado, quienes perdieron sus empleos tuvieron más tiempo para reencontrarse con ellos mismos.

En Colombia los decrecimientos en los sectores de construcción, comercio interno, industria y minería nos hicieron retroceder 5 años. El comercio interno disminuyó en forma considerable como consecuencia de la menor demanda de hoteles y restaurantes junto con la reducción en los medios de transporte (y más aún a los Centros Comerciales). Por el lado de la industria, las caídas en las compras de prendas de vestir, calzado y el descenso en el consumo de muebles, aparatos eléctricos y vehículos, reflejaron un desplome en la demanda interna y el mercado internacional.

La Minería se vio afectada por el cierre del comercio exterior a raíz de las menores exportaciones de petróleo que a su vez se vieron afectadas por la sobre oferta de Rusia y Arabia Saudí, ocasionado que el precio del crudo descendiera a niveles negativos (buques petroleros formaban enormes filas en las bahías de Estados Unidos). A nivel latinoamericano, países dependientes del petróleo como Ecuador y Venezuela vivieron una historia similar. La caída del petróleo debió ayudar a ciertos subsectores como las aerolíneas, no obstante, las restricciones en la movilidad internacional permitieron el colapso del sector aéreo (con excepción del transporte de carga).

El sector de servicios públicos domiciliarios merece especial atención. Aunque los colombianos pasaron más tiempo en el hogar y generaron un mayor gasto de

agua, luz y gas natural, la contracción en la construcción, comercio interno e industria más que compensó esta situación, y en el neto, la provisión de servicios públicos disminuyó. El punto de alarma se resalta en la electricidad toda vez que como consecuencia del incidente de Hidroituango, se pierde capacidad en cuanto a que la oferta de energía sobrepase holgadamente la mayor demanda de los hogares (la menor demanda de energía del sector productivo evitó un escenario crítico).

Los datos de la economía formal contrastan con las ocupaciones de la economía informal. Una vez me encontré con una persona que vendía eucalipto. Era medio día y me explicó como producto de su esfuerzo tan solo había logrado reunir \$1,25 dólares para llevarle a su hija que se encontraba en un lugar alejado de la ciudad. Esa realidad que era común para muchos colombianos se agudizó tras la pandemia. Muchos ciudadanos de los barrios marginados sacaban pañuelos rojos señalando la falta de comida, y pese a las nobles propuestas de los gobernantes, los mercados gratuitos con “alimentos” llegaban esporádicamente y en cantidades microscópicas. En ese sentido me pregunto si en un futuro no se podría generar escases de comida con motivo de las menores cosechas en 2020 (producto de las cuarentenas y el encierro en el sector rural).

Otra realidad la vivían los domiciliarios de bienes. Trabajaban sin cansancio y al hablar con uno de ellos, me comentó como una empresa no controlaba si sus “trabajadores” se quedaban con los pedidos de sus clientes, sus propinas fluctuaban bastante y el pago de los encargos salía de su billetera. Esto contrastaba con otra compañía quien los expulsaba sin una solicitud no era realizada, otorgaban una comisión más estable y el pago de las solicitudes de los clientes

eran cubiertas por la misma firma. Junto a los domiciliarios de comida varios ciudadanos buscaban su sustento llevando conciertos musicales y espectáculos de danza al frente de las viviendas.

En mi caso puntual, comencé a utilizar los servicios de domicilio en forma más activa y dada la coyuntura algunos negocios se adaptaron a esta nueva anormalidad. Los empresarios afrontaron la coyuntura con traumatismos, toda vez que sus procesos no estaban preparados para ese nivel de solicitudes a distancia, se generaron muchos y aireados inconformismos, aun así aprendimos el valor de la paciencia y colocarnos en los zapatos de los demás. Lo anterior contrastaba con los restaurantes que fueron incapaces de adaptar sus procesos a las nuevas demandas de sus clientes, producto de lo cual los esfuerzos de muchos años se evaporaron en cuestión de meses. Todo esto me lleva a preguntarme, ¿No sería justo que los gobernantes y ministros de salud donarían su salario con el fin de apoyar a las personas sobre las cuales toman decisiones?, ¿Por qué los bolsillos de los gobernantes no se ven afectados por sus políticas?

La desesperación de los ciudadanos ante las medidas de los líderes políticos permitió que el dilema entre salud y economía se volviera una discusión de una sola vía. Soluciones simples, prácticas y rápidas fueron formuladas ante problemas complejos y no comprendidos en su totalidad. Durante la cuarentena, se vacunaron muchos menos niños debido a que los hospitales estaban concentrados en el Covid-19, pero las estadísticas de muerte súbita por lactante se redujeron de forma considerable, ¿Coincidencia o causalidad? Las inyecciones en teoría contienen al patógeno en forma débil y de esta forma el sistema inmune se enfrenta al caso real, pero algunas pruebas de las vacunas contra el Coronavirus

omitieron la fase en la cual enfrentaban a los usuarios frente al virus de verdad. Bajo ese escenario, ¿Cuál va ser la reacción de los individuos que recibieron la versión diluida del virus cuando todo florezca en primavera?

En el esfuerzo por acabar con la pandemia nos dejamos seducir por la inmediatez de las soluciones sin llegar a calcular las consecuencias de largo plazo. La nueva generación de vacunas manipula la respuesta inmune a niveles nunca antes vistos. Hoy en día las inyecciones cambian pedazos del ARN con el fin de atacar con mayor eficiencia y precisión al Covid-19. En ese sentido me pregunto por los efectos de alterar el gran repositorio de información biológica que almacenamos en el interior, no solo guardamos los datos de los antepasados sino también la configuración de quienes somos. Creo que alcanzamos un nivel de arrogancia tan alto que nos consideramos más sabios que la misma naturaleza, esta ha tenido la suficiente paciencia y experiencia para crear y moldear nuestras vidas a lo largo de millones de años, su huella indeleble la tenemos en nuestro ADN y ARN. Estimado lector le pregunto, ¿Estaría dispuesto a cambiar su nombre de pila?, ¿Si su nombre fuera “Camilo” se sentiría cómodo si reescribieran su nombre por “Kamilo” o “Amilo”?

Si vamos en profundidad podríamos preguntarnos por la función de las amígdalas dentro del organismo. En el sentido que tienen la capacidad de generar información de los microorganismos que ingresan a nuestro cuerpo (especialmente cuando los niños se llevan todo tipo de cosas a la boca) frente a las vacunas que cumplen esa misma función de forma artificial, ¿Será que las farmacéuticas pueden esperar un poco para obtener mayores ganancias?

Relación o no, los datos del precio de las acciones de las farmacéuticas más grandes muestran una caída antes de marzo 2020 y una inmediata recuperación después de ese periodo. La reacción de las utilidades de los fabricantes de fármacos contrastó con buena parte del comportamiento del mercado accionario. En Estados Unidos uno de los principales indicadores perdió en un mes las ganancias que había alcanzado en tres años. Esa fragilidad financiera se vería reflejada en la reducción de las pensiones, situación que obligó al gobierno colombiano a subsidiar a los adultos mayores que supuestamente tenían garantizados sus ahorros de largo plazo (los jóvenes cotizantes deberían conformarse con la promesa de que sus pérdidas se iban a recuperar en muchos años). Adicionalmente se permitió retirar cesantías a quienes habían sufrido una disminución en sus horas de trabajo.

Mi relación con el sector financiero se modificó drásticamente con la pandemia. Por primera vez después de 14 años cancelé todas las tarjetas de crédito y comencé a realizar pagos en billetes y monedas. Al comienzo me costó más trabajo, no obstante, fui consciente de cada centavo que gastaba y me permitió planificar las compras y ceñirme a un presupuesto. En ese proceso recordé que el virus no discriminaba entre quienes pagaban con tarjeta de plástico o efectivo, pero los gobiernos y el sistema financiero tenían una clara preferencia en que las compras fueran realizadas por medios virtuales.

Mientras me distanciaba del sector financiero observaba como otras personas se apresuraban en conseguir una tarjeta de crédito. En mi país, el Estado anunció un día en el cual se podía realizar compras sin pagar el impuesto al valor agregado “IVA”. El viernes 19 de junio de 2020 también conocido como “Covid-Friday”

o “TV-Friday” mostró la incoherencia entre los diferentes niveles de gobierno, por un lado buscaban medidas para impulsar la Economía que ellos mismos habían destruido, y por otro lado se revelaba la incompatibilidad con las medidas de encierro poblacional. Independientemente de los efectos económicos, los días sin impuestos permitían al Estado obtener información a la cual no tenían acceso, toda vez que los descuentos se otorgaban únicamente a las personas que realizaban sus compras por medios electrónicos, desincentivando el uso de billetes y monedas, y permitiendo una mayor detección de las transacciones que pasaban por debajo de los radares del gobierno. Los bancos se beneficiaban de este tipo de medidas porque recibían clientes que antes no estaban bancarizados.

Los cambios en los medios de pago los realice como consecuencia de los mayores fraudes en los medios electrónicos. En el correo recibía mensajes de infracciones de tránsito de un automóvil que no tenía y me llegaban felicitaciones de cumpleaños en fechas que no correspondían con mi nacimiento. Supongo que los hackers sacaban provecho de momentos cotidianos y probaban hasta qué punto creíamos sus mensajes. Estas estafas igualmente podrían reflejar una crisis en las finanzas de los ladrones y más si estos realizaban hurtos presenciales. La transición de las actividades ilícitas hacia una mayor virtualidad sacó a la luz el tráfico y comercio de niños (pedofilia), pero desafortunadamente con la misma velocidad con la que nos enteramos con esa rapidez nos olvidamos de los seres más vulnerables.

Las diferentes noticias nos mostraron el manejo de grandes volúmenes de datos y no solo eso, la rapidez de propagación del virus era equivalente a la comunicación de esa información. Desde hace mucho tiempo los virus han

intentado colonizar las células de los seres vivos y han fracasado en sus intentos, aunque en el proceso han generado cambios en los sistemas inmunes y en nuestras vidas. Estos microorganismos buscan reproducirse y transmitir su información a la mayor escala posible, en sí mismo no quieren nuestra muerte porque eso implicaría su destrucción. Bajo mi punto de vista, los virus quieren coexistir con nosotros siempre y cuando tengamos un sistema de defensa fortalecido.

La capacidad de los glóbulos blancos de protegernos frente a los patógenos depende en buena medida de la percepción que tenemos del entorno y los cuidados de salud. Lavarse las manos y el acceso al agua potable permitieron reducir la prevalencia de enfermedades como el cólera, no obstante, debemos ir más allá de la prevención y el uso de soluciones mágicas. Resulta que los alimentos y nuestro estilo de vida también determinan nuestra capacidad de respuesta frente a las enfermedades. Con el tiempo, la alergia me hizo caer en cuenta que en realidad no me estaba alimentando, estaba consumiendo productos que me aportaban muy poco a mi cuerpo y mi salud. Era adicto a las sustancias químicas inyectadas en la comida procesada, de esta forma superaban en sabor y duración a los regalos que nos ofrece la naturaleza.

El cambio en la nutrición me impulsó a valorar otros aspectos de la vida. Antes no expresaba mis sentimientos porque buscaba la aprobación y complacer a los demás. Una versión heterodoxa de la Biología y la Medicina, la Epigenética, nos muestra como la relación consciente y permanente con el entorno puede modificar nuestros genes con el paso de varias generaciones. En ese sentido no somos víctimas de las circunstancias sino responsables de nuestras decisiones (recogemos lo que sentimos y pensamos).

Parte de esa vertiente sostiene como los organismos pueden estar concentrados en la protección o el crecimiento. Cuando tenemos miedo la sangre va a los brazos y pies con tal de sobrevivir a un tigre o una serpiente, pero en la actualidad es posible crear y transmitir demasiados tigres y serpientes virtuales con lo cual se incrementa el estrés en nuestras vidas. La capacidad que tenemos de diferenciar entre una amenaza real de una amenaza imaginaria ha disminuido de forma proporcional al uso de medios digitales, y en ese proceso dejamos de vivir la vida.

La otra cara de la protección es el crecimiento. El crecimiento es tan necesario como la preservación de la vida y en ese sentido debe haber un equilibrio entre estos polos opuestos. Estas polaridades son tan importantes que los cuerpos tienen un sistema para cada uno, el sistema simpático y el sistema parasimpático. El primer sistema nos protege mientras que el segundo nos permite crecer. El amor expande no solo nuestras células sino nuestros corazones. Cuando la sangre va a nuestras vísceras se fortalecen los sistemas inmunes, y al estar más calmados podemos dar espacio no solo a nuestro crecimiento sino a la creación de una nueva vida.

La unión y equilibrio entre opuestos es lo que permite la evolución de nuestra especie. La pandemia me enseñó la importancia de escuchar a los demás reconociendo que ellos conocen cosas que desconozco. He afianzado las relaciones familiares entendiendo que los tiempos de recogimiento me han llevado a compartir, comprender y respetar a mi madre y mi hermano; ellos me complementan, me hacen más fuerte, me permiten ser una persona más integral.

La ontogenia me ha conducido a abrazar la incertidumbre y vivir el presente (reconociendo que tengo una loca obsesión por el futuro). Asimismo, he

comprendido la utilidad de conectarme virtualmente al trabajo, aun así, entiendo la importancia de desconectarme del celular, el computador y la televisión. Valoró un buen baño de agua tibia antes de dormir, disfruto cuando mi cuerpo se mueve al realizar deporte en espacios reducidos, amo escribir los sentimientos e intimidades en un cuaderno de papel, acaricio las plantas mientras les pongo agua, caliento la piel a través la luz solar, me deleito escuchando la música que me gusta, dejo entrar el aire al apartamento y mis pulmones, descanso la mente al cerrar los ojos, sentarme y escuchar la respiración.

Interludio

Esa noche mamá entró al cuarto. Sentía que me ahogaba. Veía un vaporizador de plástico blanco con una base ancha y un pequeño módulo en la parte superior. La caja de más arriba parecía una cajita de música con una pequeña abertura. Su tamaño daba a entender que se podían insertar monedas de aire.

El vaporizador custodiaba en sus profundidades una gran cantidad de agua con sal. Cuando la temperatura aumentaba, el pequeño volcán eléctrico arrojaba diminutas dosis de vapor de agua emitiendo un sonido, “uf-uf-uf”. Para mí eran reconfortantes melodías de cuna.

Cuando miraba la ventana observaba el frío y oscuro anochecer. En el vidrio distinguía microscópicas gotas que se unían entre sí recorriendo su camino bajo la danza del agua.

Veía a mamá. Sus ojos estaban fijos en mí, pero no lograba encontrar la calma. Buscaba aire caliente en la habitación. Cuando se me hacía difícil conseguirlo, sentía que me ahogaba en un mar de emociones. El amor y el miedo se expresaban de diferentes maneras en el mismo lugar.

Esta historia continuará....

Agradecimientos

Por encima de todas las cosas doy gracias a mi madre. Luz Nydia Walteros me acompañó incondicionalmente durante los momentos más difíciles y especialmente cuando tuve la crisis de alergia.

A Celso Enrique Rojas le admiro su entrega y vocación. Me mostró como en casos excepcionales un médico que emplea un enfoque integral, se transforma en un maestro de sanación.

Andrés Felipe Zamorano. Desde hace mucho tiempo habíamos creído en un sueño compartido. Gracias a tú talento artístico le pude dar norte a este proyecto y en el proceso comprendí la importancia de estar presente.

Bibliografía y referencias

- Berberina, E. (25 de abril de 2020). El director de la OMS: un marxista amigo de China acusado de ocultar las epidemias de cólera. Libertad Digital. Recuperado de: <https://www.libertaddigital.com/ciencia-tecnologia/ciencia/2020-04-25/estado-alarma-coronavirus-tedros-adhanom-director-oms-marxista-amigo-china-epidemias-1276656525/>
- Coombe, D., Curtis, V., Orlowski, J (productores) y Orlowski, J. (director). (2020). El dilema de las redes sociales [documental]. EEUU: Netflix.
- DANE (2020). Boletín Técnico Producto Interno Bruto III trimestre 2020. Recuperado de: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/pib/bol_PIB_IIItrim20_produccion_y_gasto.pdf
- Harari, Y. N. (2015). *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Hernando, J.A. Valdeande Mágico [Canal de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/c/valdeandemagico>
- Jaramillo, C. (2019). *El milagro metabólico. Aliméntese bien, controle su peso y convierta su cuerpo en su mejor aliado*. Editorial Planeta Colombiana.
- Justicia (17 de junio de 2020). Con tutela piden tumbar aislamiento de mayores de 70 años. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/justicia/cortes/coronavirus-mayores-de-70-anos-presentan-tutela-contr-a-aislamiento-obligatorio-a-esa-poblacion-507408>
- Lee, M. y Lu, W. (19 de septiembre de 2018). These are the economies with the most (and least) efficient health care. *Bloomberg*. Recuperado de: <https://www.bloomberg.com/news/articles/2018-09-19/u-s-near-bottom-of-health-index-hong-kong-and-singapore-at-top>
- Ley 1801 de 2016. Por la cual se expide el Código Nacional de Seguridad y Convivencia Ciudadana. Artículos 14 y 202. 29 de julio de 2016. D.O. No. 49949.

- Lipton, B. (2010). *La Biología de la creencia. La liberación del poder de la conciencia, la materia y los milagros* (Trad. C. Rodríguez). Madrid, España: Gaia Ediciones. (trabajo original publicado en 2005).
- London Real (29 de marzo de 2020). The fake news about the Coronavirus: What the world needs to know about COVID-19 (w/Gregg Braden) [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=2eiw2CRdQ98>
- López, G. (8 de julio de 2020). La caída del nuevo orden mundial, con Robert Martínez [Archivo de video]. Recuperado de: https://youtu.be/3Eg_HZOB6x4
- López, I. (10 de marzo de 2015). El origen de la peste en Europa: ¿el cambio climático? Investigación y Ciencia. Recuperado de: <https://www.investigacionyciencia.es/blogs/medicina-y-biologia/43/posts/el-origen-de-la-pesto-en-europa-el-cambio-climtico-12984>
- Marchant, J. (2018). *Cúrate. Una incursión científica en el poder que ejerce la mente sobre el cuerpo* (Trad. D. Giménez). Colombia: Penguin Random House. (trabajo original publicado en 2017).
- Market Watch [Base de datos]. Recuperado: <https://www.marketwatch.com/investing/index/djia>
- Our world in data [Base de datos]. Recuperado: <https://ourworldindata.org/coronavirus>
- QNTLC (19 de agosto de 2020). Entrevista a la Dra. Roxana Bruno. Inmunóloga. Covid-19, cuare-terna y vacunas [Archivo de video]. Recuperado de: <https://youtu.be/FzixLvW6nYw>
- Sadhguru Español [Canal de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/c/SadhguruEspañol>
- Sánchez, D. (9 de mayo de 2020). Censura de YouTube contra médicos disidentes terminará siendo contraproducente. *FEE*. Recuperado de: <https://fee.org.es/articulos/censura-de-youtube-contra-m%C3%A9dicos-disidentes-terminar%C3%A1-siendo-contraproducente/>
- Suárez, F. Metabolismo TV [Canal de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/user/MetabolismoTV>

Anexos

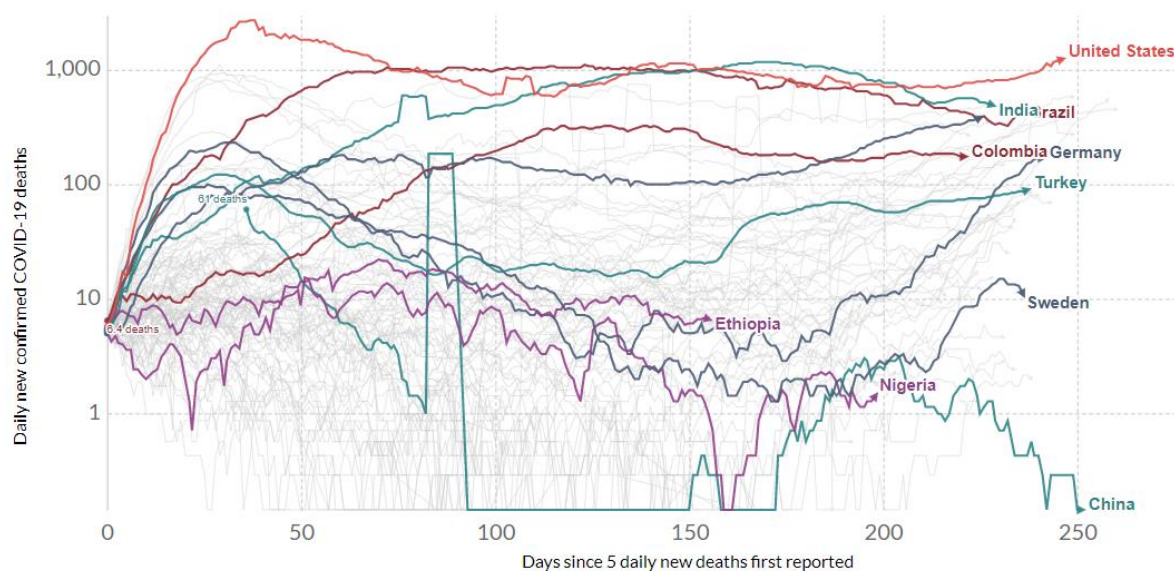


Figura 1: Países más poblados por continente y número de muertes confirmadas por Covid 19.*

*Incluye a Colombia y Suecia (datos en escala logarítmica). Datos a noviembre 17 de 2020.

FUENTE: <https://ourworldindata.org/coronavirus>

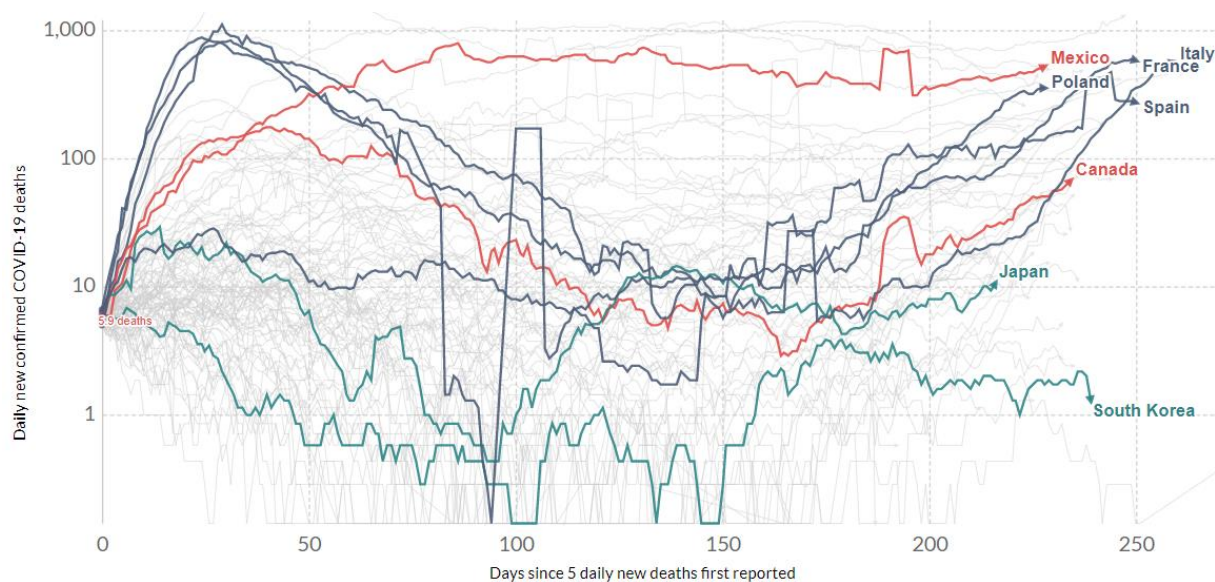


Figura 2: Países con mejores sistemas de salud y número de muertes confirmadas por Covid 19.**

**Países que superan o están cerca del promedio de población mundial (datos en escala logarítmica).

FUENTE: <https://ourworldindata.org/coronavirus>

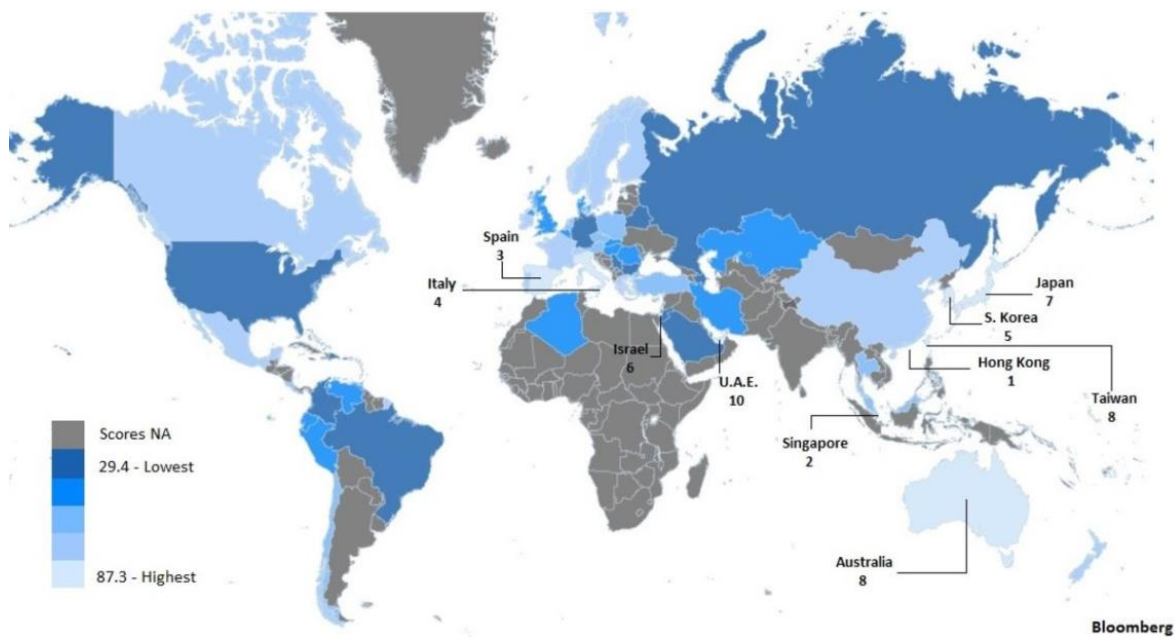


Figura 3: Puntaje de eficiencia en sistemas de salud de 56 Economías (2018).***

***Entre más azul claro es más eficiente (solo incluye países con más de 5 millones de habitantes).

FUENTE: <https://www.bloomberg.com/>



Figura 4: Evolución del Dow Jones Industrial Average (línea negra) y el Dow Jones Industrial Pharmaceuticals (línea azul). La gráfica representa los cambios porcentuales diarios.

FUENTE: <https://www.marketwatch.com/>